

Har apretó sus dedos en torno a la empuñadura de la espada. Tenía un corte en el pecho y la sangre manaba de una brecha en su frente, pero él no sentía el dolor. Sabía que ahora era su vida o la del zombi. Era irónico tener que matar a alguien a quien había costado tanto devolver la vida, pero eran las órdenes que había recibido y tenía que cumplirlas, sin importar lo que opinara. Y ese era precisamente el problema: cuanto más pensaba en ello, más injusto le parecía. Aunque ahora fuera demasiado tarde. No sólo había aceptado la misión (difícil hubiera sido rechazarla viniendo directamente del Palacio Real); también había acabado ya con la vida de tres de los zombis. Y ahora quedaba el cuarto y último. El más peligroso.

Avanzó por el abandonado salón con pasos lentos e inseguros, poniendo cuidado en no hacer ruido y en no tropezarse con los restos de muebles que yacían esparcidos por el suelo. Afuera llovía. Aquí y allá el agua caía desde las goteras del techo en finos hilos invisibles en la oscuridad, formando pequeños charcos en el suelo de piedra.

De pronto, Har oyó un ruido como de una vasija de barro al quebrarse y vio una sombra cruzar fugazmente una de las puertas laterales. Se acercó hasta allí y se agazapó en la pared junto al hueco para entrar en la habitación contigua. Pero justo en ese momento, una mano atravesó la débil pared de madera y asió su brazo derecho tan fuerte y repentinamente que todo lo que Har pudo hacer fue dar un grito de dolor y dejar que la espada cayera restallando en el suelo.

—Estás sufriendo, ¿verdad, guerrero? —dijo una voz del otro lado de la puerta, lentamente, como saboreando las palabras—. Quizás desearías que esto fuera tan fácil como hacer rodar cabezas orcas en el campo de batalla. Pero esto es Lonerha, amigo, y yo no soy un orco. Soy un hombre. No quisiera tener que matarte, pero si tengo que elegir entre tu vida y la mía, no dudes de lo que haré.

»Dicen “si la mano te hace caer, córtatela”. Quizás esto te salve la vida —tiró de la muñeca de Har hasta hacer que atravesara el muro de madera y dobló sus dedos hasta dejarlos arqueados hacia el dorso de la mano y hacer que Har gritara en agonía. Luego soltó al guardia y huyó perdiéndose en las sombras de la mansión.

Har se tomó unos instantes. Con cuidado, lentamente, fue forzando cada uno de los dedos de su mano derecha a su posición natural, pero no pudo evitar gritar con cada uno de ellos. Esos gritos atravesaron las vacías estancias en el silencio de la noche e hicieron sonreír al zombi mientras aguardaba en un nuevo escondite.

Sin embargo, esa sonrisa no duró mucho. En ese momento comenzó a notar como le abandonaban las fuerzas. Fue un breve desvanecimiento, casi imperceptible, pero le bastó para saber que el fin estaba cerca. Seis meses habían pasado desde que hubiera sido despertado, y ya hacía tiempo que esperaba el amargo final, la segunda muerte de la que ningún mago sería capaz de librarle. Pero no podía ser ahora, no antes de finalizar su particular lucha con el buscazombis. Poco importaba que fuera el último de su clan y probablemente el único zombi vivo en toda Lonerha. Era únicamente una cuestión de orgullo.

Tendría que apresurar el final si quería vencer. Caminó hasta una estrecha estancia donde una escalera de mano conducía hacia una trampilla en el techo. El suelo estaba inundado por los chorros de agua que caían desde el hueco del techo y subir por la escalera mojada era peligroso, pero comenzó la ascensión. Cuando hubo llegado arriba, abrió la escotilla de un golpe, haciendo un gran ruido, y salió al tejado.

Har oyó el estrépito de la portezna de madera al chocar contra el techo y buscó de dónde provenía. Tras un tiempo vagando por la casa, dio con la habitación por la que el zombi

subiera al tejado, y alzó la vista justo a tiempo para ver huir a una figura negra recortada contra el cielo oscuro de la noche. Subió rápidamente por la escalera, desenvainó la espada con la mano izquierda —era incapaz de empuñarla con la derecha— y buscó en derredor suyo la figura. La vio corriendo hacia la fachada principal. Sin dudarle un momento, se lanzó tras ella.

Cuando el zombi llegó al parapeto formado por los ornamentos que completaban la fachada, dudó un momento. Luego volvió hacia atrás unos pasos, tomó impulso y saltó. Har alcanzó el frontal del edificio poco después y vio al zombi levantarse trabajosamente del tejado de la casa del otro lado de la calle. Mientras pensaba qué hacer a continuación, devolvió la espada a su funda. Si conseguía llegar hasta allí, podría acabar de una vez con el trabajo y volver a su casa. Sin embargo, algo lo retenía.

—¿Ahora te remuerde la conciencia, guerrero? ¿O es que no te atreves a saltar la calle?

Estas palabras hicieron saltar un resorte oculto en la mente de Har. Sin pensar dos veces en el peligro que corría —el suelo de la calle estaba a más de quince yardas, lo que convertía una caída en una muerte casi segura, y debería salvar seis o siete yardas para llegar al otro tejado— corrió para coger velocidad y saltó. Pero Hirnila no le fue propicia. En lugar de atravesar la calle y aterrizar en el tejado, chocó con el pecho contra la cornisa y se deslizó hasta quedar asido únicamente por los dedos de la mano izquierda, a ocho yardas sobre el empedrado de la rúa. Hizo un esfuerzo para alzarse e intentar ganar la cornisa con el brazo derecho, pero fue inútil.

Entonces vio acercarse al zombi. Parecía cansado y viejo, y jadeaba al respirar. Vio cómo se agachaba y se acercaba. Se preparó para el fin. Pero, sorprendentemente, en lugar de arrojarlo al vacío lo asió por la muñeca y lo ayudó a subir al tejado.

—Sé lo que estás pensando, guerrero. He tenido la oportunidad de matarte o dejarte morir. Pero no he podido. Quizás sea porque ahora, al final, valoro la vida, cualquier vida, más que ninguna otra cosa en el mundo. Siento que mi tiempo se acaba.

Trabajosamente, se sentó sobre las tejas, con las piernas flexionadas y las rodillas frente al pecho. Tras un rato, volvió a hablar, con una voz mucho más débil:

—En mis dos vidas he visto cosas que muchos hombres no creerían. He visto la aurora lucir en la noche de los bosques septentrionales. He visto brillar las paredes del templo de cristal del oráculo de Hilen. He conocido la profunda alegría de hacer felices a los demás. Ahora todos esos momentos se perderán en el tiempo, como lágrimas en la lluvia —y, tras un instante de silencio, añadió en un susurro—: Es tiempo de morir.

En ese momento sucedieron varias cosas. El zombi dejó caer pesadamente su cabeza sobre las rodillas, un trueno estalló en la lejanía y rodó hacia la ciudad, y una paloma alzó el vuelo asustada. La misión había concluido. Al fin, Har lloró la suerte del zombi.

Antonio Rodríguez

Zamora, 16 de Abril de 2003